

ANUARIO DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL

2010

JÓVENES AUTORES CHILENOS



ANUARIO DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL / N° 28 / 2010

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL
2010

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL

ANUARIO DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL N° 28
2010

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Adolfo Ibáñez, Austral de Chile, Católica del Norte, Católica de Temuco, Católica de Valparaíso, Católica de la Santísima Concepción, de Antofagasta, de Concepción, de Los Andes, de Chile, y Diego Portales.

Especial mención cabe hacer a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, "Edeval" se llevó a cabo la impresión de este volumen.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

I. S. B. N. — 0170 — 17881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso
E-mail: edeval@uv.cl

ANUARIO DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL

2010

JÓVENES AUTORES CHILENOS

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO
(2010 - 2012)

Fernando Atria Lemaitre, Antonio Bascuñán Valdés,
Rodrigo Coloma, Jesús Escandón Alomar, Joaquín
García-Huidobro Correa, Fernando Quintana
Bravo, Pablo Ruiz-Tagle, Agustín Squella Narducci,
y Aldo Valle Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social
tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La
correspondencia puede ser dirigida a la casilla 3325,
Correo 3, Valparaíso, o al correo electrónico
asquella@vtr.net

PRESENTACIÓN

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social presenta el número 28 de su *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, correspondiente a 2010, pero que aparece en 2011, el año en que nuestra corporación cumple 30 años de existencia. Fundada en Valparaíso el año 1981 por un conjunto de socios fundadores de las más diversas creencias y convicciones filosóficas, políticas y jurídicas, la sociedad se constituyó ese año en dependencias de la Escuela de Derecho de la Universidad de Valparaíso, unidad académica que en 2011 celebra un centenario de vida. Dos efemérides, en consecuencia, e igual número de motivos de justa celebración para quienes se dedican al cultivo y enseñanza de la filosofía jurídica u otras disciplinas próximas o afines.

Este número se titula "Jóvenes autores chilenos" por la sencilla razón de que la casi totalidad de los estudios que contiene, así como la traducción y las reseñas que también forman parte de él, provienen de docentes e investigadores jóvenes de distintas universidades del país. En esa misma línea, y desde el mismo momento de su fundación, nuestra sociedad ha procurado incorporar jóvenes a su nómina de asociados y a las distintas actividades que realiza. Así, por ejemplo, han sido fundamentalmente jóvenes quienes han participado como ponentes en las tres jornadas chileno-argentinas de filosofía del derecho y filosofía social efectuadas hasta ahora, y son jóvenes también los que predominan entre los interesados a hacerlo en la cuarta de dichas jornadas, que tendrá lugar en Valparaíso, en la ya mencionada Escuela de Derecho, a fines de 2011, ocasión en la que se proyecta llevar a cabo la presentación y entrega de este número de nuestro Anuario.

RECENSIONES

Robespierre, el jurista. Vale la pena, para quienes quieran conocer al Robespierre o a de Rivacoba y saber la realidad francesa de fines del siglo XVIII, leer este texto.

Sergio Peña Neira

TODD TEMKIN, *Moriré en Valparaíso*, El Mercurio - Aguilar, Santiago, 2010 *

Después de haber intervenido en no pocas presentaciones de libros a lo largo de lo que es ya casi una vida, tengo perfecto derecho a preguntarme acerca de cuáles son las razones que llevan a uno a aceptar la invitación que se le hace para tomar la palabra en ocasiones como ésta.

La primera razón que puedo dar para participar en la presentación de un libro es el gusto o amor por los libros, un objeto intelectualmente imprescindible, y también bello visual e incluso táctilmente. Los libros van directo a nuestra cabeza, pero entran por la vista y, asimismo, por el tacto, y de allí proviene, según me parece, la irremplazable sensualidad que ellos poseen. Nos gusta tanto leer como simplemente ver y tomar un libro. Mirar un libro es ya un deleite, palparlo también, y leerlo ni qué decir. Es quizás por eso que muchas veces nos quedamos en el acto de mirar y en la sensación de tocar un libro, sin abrirlo siquiera, demorando conscientemente el momento de iniciar la lectura.

Algo así pasa con este nuevo libro de Todd Temkin, que es también visual y táctilmente atractivo. Su corte y una cierta ingravidez lo hacen muy atractivo al tacto. Y su poderosa ilustración de portada es todo un hechizo para la vista, tanto que uno puede pasar largo rato observando a unas parejas que bailan en algún local nocturno de Valparaíso, mientras una leve camarera, de menor estatura que las pa-

* Palabras dichas en la presentación de "Moriré en Valparaíso", de Todd Temkin (El Mercurio-Aguilar, Santiago, 2010), Valparaíso, 9 de octubre de 2010.

rejas que bailan, cruza la pista sosteniendo una bandeja con dos botellas e igual número de vasos, y cuyo destino es posiblemente otra pareja que ha quedado fuera del cuadro, mas no a salvo de la mirada del artista a quien debemos esa portada. Al fondo de la imagen se aprecia a un joven saxofonista, y, aún más atrás, la cabeza, hombros y brazos de quien podría ser tanto un cantante, un ilusionista o un maestro de ceremonias. Desde el techo y sobre la pista de baile cuelgan unas guirnaldas con luces de colores, y las ropas de las parejas que bailan, pero sobre todo sus expresiones corporales, sugieren que bien podría tratarse de una de esas noches de año nuevo que en Valparaíso pueden prolongarse fácilmente hasta el 2 o el 3 de enero, cuando no hasta el mismísimo mes de marzo.

Gracias entonces al Loro Coirón por tan elocuente trabajo, por este nuevo registro y servicio a Valparaíso, y felicitaciones a los editores por haberlo escogido como portada del libro que hoy presentamos.

Continuando con las razones que uno tiene para presentar un libro, el género también importa. Novela, cuento, ensayo, poesía, aunque ninguno de esos es el caso de *Moriré en Valparaíso*, puesto que se trata de una antología de columnas publicadas por su autor en El Mercurio de Valparaíso, aunque, claro, algunas de las columnas que aparecen en este libro son auténtica poesía, otras parecen ensayos, no pocas suenan al oído del lector como si se tratara de un cuento, y hay también una que otra que tiene el sabor, o acaso la complejidad, de un genuino relato novelesco.

El tema o asunto del cual trata un libro puede ser también un buen motivo para decidirse a presentarlo, aunque en este caso, como es obvio, ese tema o asunto no necesita presentación, puesto que se trata de Valparaíso. A quienes vivimos o trabajamos aquí, nada puede resultar más familiar y a la vez extraño que Valparaíso. Yo al menos —no sé ustedes— en Valparaíso me encuentro y a la vez me pierdo. Valparaíso resulta siempre conocido y a la par sorprendente. Es una ciudad que concierta y desconcierta, que funde y confunde, y que, a fuerza de mirarla una y mil veces, de pronto parece que la estuviéramos observando por primera vez. Según me gusta repetir —porque ¿qué queda a uno llegado a cierta edad sino repetir algunas cosas?—, Valparaíso es un sueño, un sueño que soñaron sus antiguos moradores y que los actua-

les habitantes de la ciudad no tenemos más alternativa que continuar soñando.

El autor, cómo no, es también una buena razón para decidirse o no a presentar un libro, en este caso, desde luego, para aceptar y no para rehusar presentarlo. De ese autor, de Todd Temkin, diré tan sólo que no es ya el gringo, ni menos el gringo loco, como algunos le llamaban con escaso cariño y demasía de sospecha cuando recién llegó a vivir entre nosotros, aunque, andando el tiempo —ese gran aliado de la justicia— toda sospecha fue disipada y el cariño acrecentado hasta la amistad y, aun, la admiración.

Es raro que una ciudad cosmopolita como Valparaíso, que en su hora recibió a tantos inmigrantes, especialmente ingleses, italianos, españoles, se muestre todavía algo recelosa a la llegada y ni qué decir a la permanencia del extranjero, y, más aún, que le cueste aceptar como buena o siquiera bien intencionada cualquier idea a su favor de la que pueda ser portador alguien que no se cuente entre sus habitantes. Exagerando un tanto las cosas, yo digo que en Valparaíso hay personas y grupos que sólo aceptan como buenas las ideas sobre Valparaíso que se gestan desde Casablanca hacia el poniente, y que cualquier iniciativa que pueda tener su origen un metro más allá de Casablanca, tiene que ser mala, invasora, centralista y distorsionadora de una identidad porteña de la que esas mismas personas o grupos se erigen como únicos conocedores y autodesignados custodios. Muchos que declaran su amor por Valparaíso no pasan de estar enamorados de su personal visión de la ciudad, de su particular percepción del pasado, presente y futuro de Valparaíso. Como escribe Todd en una de sus columnas, “cada vez que se intenta mover una piedra en el puerto, aparecen tres grupos para defenderla”, a lo cual yo agregaría lo siguiente: tres grupos que antes no se habían siquiera percatado de la existencia de la piedra que otro trata de mover.

Desde hace ya tiempo que Valparaíso no está bien. Eso lo sabemos todos. Pero también sabemos que el peor momento ya pasó y que las cosas, desde hace unos cuantos años a la fecha, empiezan lentamente a mejorar. La inscripción de los barrios históricos de la ciudad en la lista del patrimonio mundial ayudó a ese proceso, sin lugar a dudas, pero nos impuso obligaciones que tenemos que apresurarnos a cumplir

cabalmente antes de la ya inminente visita inspectiva ordenada por el Comité del Patrimonio Mundial, obligaciones —no está de más repetirlo— que no son únicamente de la ciudad de Valparaíso, y ni siquiera de la región del mismo nombre, sino, más ampliamente, del Estado de Chile. Fue el Estado de Chile el que pidió la inscripción de Valparaíso como patrimonio cultural de la humanidad, y es el Estado de Chile el que tiene que estar a la altura de haber tenido éxito en esa postulación. Una inscripción que Valparaíso desde luego no se merecía si las cosas se miran desde la perspectiva de lo que habíamos hecho en materia patrimonial, pero que constituía el único punto de apoyo a partir del cual podíamos vernos obligados a trabajar en serio por la recuperación y el cuidado patrimonial de la ciudad. En otras palabras, porque en Valparaíso no habíamos hecho bien las cosas precisábamos de la inscripción en la lista del patrimonio mundial para vernos de esa manera compelidos a empezar a hacerlas bien. Pero llevamos retraso a esto, y aunque ni la suerte ni tampoco la naturaleza se han comportado como nuestros cómplices en la efectiva y pronta recuperación de Valparaíso —no terminamos de celebrar la recuperación de un sitio con valor patrimonial cuando un terremoto o un incendio, y últimamente un robo, nos arrebató otro bien patrimonial—, lo cierto es que ni el azar ni la naturaleza podrán ser razones a dar al Comité del Patrimonio Mundial para pretender excusar el mal estado que todavía se observa en parte de la zona tanto principal como adyacente a las que se refiere la inscripción en la mencionada lista del patrimonio mundial.

Pues bien: por ayudarnos en los dos sentidos antes indicados —a debilitar las paralizantes y muchas veces absurdas desconfianzas en que incurrimos los porteños y a demostrarnos que el desafío es amar Valparaíso y no continuar cada cual perdidamente enamorado de su particular visión de la ciudad (única manera, por lo demás, de entender la lúcida y exacta proclama de Gonzalo Rojas: no basta con amar Valparaíso; hay que merecerlo), pero, sobre todo, por haberse transformado pacientemente en uno de los nuestros, en uno de los nuestros hasta el extremo de anunciarnos con el título de su libro que morirá en Valparaíso, tenemos mucho que agradecer a este poeta estadounidense de Milwaukee y a las columnas en que él retrata a la ciudad que lo apasionó hace ya tiempo y que todavía le inspira en su diario y denodado trabajo.

Por lo mismo, hay que celebrar que El Mercurio de Valparaíso haya acogido al autor de este libro como uno de sus columnista regulares, porque la pluma de Todd Temkin, amén de buena, de muy buena, relata una y otra vez, semana tras semana, el Valparaíso que tenemos, el Valparaíso que tuvimos y el Valparaíso que quisiéramos tener. Porque si, como sabemos, Valparaíso es la ciudad de Chile mayormente cantada, narrada, pintada, filmada, poetizada, también es del caso pensar Valparaíso, y eso es lo que el autor de este libro hace con sus columnas. Pensar obstinadamente Valparaíso. Pensar obstinadamente Valparaíso desde el asombro, desde esa intensa, inconfundible y regocijada agitación afectiva que, siendo origen de la filosofía, lo es también del arte, y muy especialmente de la poesía, de esa poesía que es a su turno origen y a la par expresión de la alegría de vivir que acompaña a Todd en cada una de sus incursiones e intervenciones a favor de Valparaíso. Porque este autor extranjero —como señala Ennio Moltedo— “nos habita con decisión”.

Interesado en no pocas cosas de las que trata también la literatura —me refiero al derecho, a la política, a la educación, a la cultura, y desde luego al fútbol y a la hípica—, en mi atiborrada y en extremo desordenada y dispersa biblioteca, el único lugar identificable, temáticamente hablando, es aquel donde conservo los libros sobre Valparaíso. A ese lugar, luego de haberlo leído, claro está, iré a parar ahora el nuevo libro de Todd Temkin, *Moriré en Valparaíso*. Un lugar en el que estoy seguro lo buscaré más de una vez en el futuro para releer y volver a disfrutar alguna de las columnas que lo componen.

“Moriré en Valparaíso” puede sonar un título algo sombrío para un libro de columnas sobre la ciudad. Pero no lo es. Y no lo es porque el autor que lo utiliza habrá hecho antes de morir toda una vida en Valparaíso. Una vida de entrega, de trabajo, de formación de una familia, y de absoluta e incondicional complicidad con una ciudad cuyo destino tiene que empezar a preocuparnos más que su pasado, y su diversidad más que su identidad.

En 2004 tuve el agrado de prologar el libro de Todd Temkin *Enloquecidos moradores de un mundo sin quehacer*, y hoy tengo el privilegio de presentar otro de sus libros, *Moriré en Valparaíso*. En aquel prólogo escribí algo que puede ser reiterado hoy con mayor propiedad, a

saber, que Todd ha dejado ya huella en Valparaíso a raíz de su gestión cultural y de su comportamiento ciudadano. Huella como marca, y huella también como orientación y guía. Pero la huella dejada por Todd no proviene solamente de su actividad cultural y de su vocación ciudadana. Viene también de su escritura, de haber hecho lo que Rubén Darío pidió mientras vivió también en Valparaíso: Dar al viento la palabra soñadora. Eso fue lo que nos pidió el gran poeta nicaragüense. Repito: Dar al viento la palabra.

“¿A qué se parece Valparaíso?”, preguntó Egidio Poblete en un artículo de 1905. Y respondió que “Valparaíso se parece a Valparaíso, y nada más que a Valparaíso”. Pero para que Valparaíso se parezca a Valparaíso, para que Valparaíso continúe pareciéndose a Valparaíso, para que Valparaíso siga siendo Valparaíso, hacen falta columnas como las que escribe Todd Temkin, columnas que este libro nos regala felizmente reunidas.

Agustín Squella

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES N° 56, de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, EDEVAL, Valparaíso, 2010, 3-8 páginas.

Este número de la Revista que corresponde al Primer Semestre del presente año, se encuentra dividido en cinco Secciones, a saber: **Artículos, Ponencias, Comentarios jurisprudenciales, Conferencias y Recensiones**: precedida de una sobria y elegante **Presentación** de su Director que se constituye en una reseña insuperable de la misma y que casi cierra con la transcripción de sus **Normas editoriales**, culminando con un **Colofón**, como debe ser, empero destaque, pues no siempre es así, en que se señala que se terminó de imprimir el 31 de agosto de 2010, en Valparaíso, en los Talleres Gráficos de EDEVAL de propiedad de la Facultad.

La Sección “**Artículos**” incluye cinco: “**Género y trabajo en las cárceles de Latinoamérica**” de **Paula Flores, Juan Pablo Marchant y Evelyn Soto**, en que dan a conocer su estudio y desocultan la situación desmedrada de las mujeres en las prisiones de Latinoamérica y en Chile; “**Estudio de la experiencia de vida de algunos estudiantes universitarios autoidentificados como mapuche de la Carrera de Derecho de la Universidad Católica de Temuco**” de **Hernán Ademar Navarro Alonso e Iván Leocadio Mulato Aillapán**, Licenciados de Derecho por la misma Universidad, en que dan a conocer una investigación acerca del proceso de invisibilización que sufren los estudiantes autoidentificados como mapuche de sus representaciones socioculturales al cursar la Carrera de Derecho en esa Universidad, para alcanzar el éxito